

su alma pura como el cristal... En su mano ardía la antorcha de la ciencia. Penetraba su deslumbrante luz en la misteriosa oscuridad de la sagrada iglesia, y desaparecía de repente el incienso, volviase más pálido el resplandor de los cirios, y las imágenes de los santos, con sus coronas de oro en la cabeza, y los ensangrentados mártires colocados allí, en el circuito, temblaban...

—¡Señor!

La hermana de la caridad habló quedo al sabio:

—Señor, tenga usted la bondad de venir, pues la señorita está muy desasosegada.

Entonces acordóse el profesor de su hija enferma, y al momento abandonó la pluma.

Halló á la muchacha entre dos gastadas almohadas, con el cabello embrollado, turbia la mirada, y en su rostro pintada la ardiente fiebre que la devoraba.

—¡Papá! siéntate á mi lado; tengo algo que decirte.

El profesor cogió las manos de su hija. Eran pequeñas, blancas, blandas y endebles como madeja de seda.

—Papá, debo decírtelo... Sábelo, creo que me moriré...

Estrechó en seguida el profesor entre sus brazos á su hija, y removiase convulso aquel cuerpo ligero como una pluma, cuya blonda y pálida cabeza se apoyaba en la espalda de su padre. Con desesperación vió éste confirmado en la fisonomía sonriente de la muchacha lo que ella acababa de comunicarle.

Así, de esta misma manera, sonriale otra vez, años pasados, otra fisonomía febril, tan parecida á ésta. Un rostro sonriente de niña —recuerdos de un hermoso período de la juventud. Calenturiento era este sueño, y hermoso, muy hermoso y corto en demasía, tan corto como el beso cambiado entre dos enamorados, en un día de una mañana de primavera, perfumada por las flores...

Quedó empezó á hablar la niña:

—No quiero morir; es más bello vivir... hacenme sufrir mis hermosos vestidos, y mis flores, y mi pájaro, y tú también, papá...

No la dejó el profesor concluir, y la besaba sus pequeñas y apolotadas manos, y la niña continuó con voz baja y entrecortada:

—Nadie puede curarme; solamente una cosa: la milagrosa Virgen del Mar... ¡Sí! La hermana Herta me lo ha dicho, no atinas, la hermosa hermana pálida del convento... Una vez acompañábame cierta noche por el claustro, y la luna nos enviaba derechamente sus claros rayos hasta allí, á través de una de las ventanas... ¡Me hizo una merced la hermana!

Dijomelo al oído: la Virgen del Mar vive allá, á orillas del mar, sobre la punta de un peñasco, en un santuario... Plácele mucho la música del órgano y la luz de los cirios. Por eso alúmbrala día y noche centenares de luces y suena el órgano. Posee determinado dominio sobre la vida de las jóvenes, y en el cielo no se niegan nunca á petición suya... Cuando una muchacha está en las puertas de la muerte, piadosa mujer debe ir á su capilla y anunciar á la Virgen el peligro en que aquella se encuentra... es preciso que la mensajera lleve allí como ofrenda gruesos cirios, tantos como años cuente la joven, y después ha de colocar en la cabeza de la Virgen su corona de oro, andar de rodillas alrededor del altar y orar siete padrenuestros...

Paróse la enferma, meditó un momento y continuó:

—Tengo catorce años, catorce son los cirios que necesito, cirios hermosos, grandes... Puede ir Nani, la lavandera, pues entiende mucho en esas cosas de oraciones... Pero que la acompañe también la Resi, pues á Nani le gusta demasiado la bebida y no vaya á gastarse en ella el dinero de los cirios...

—¡Qué absurdo! pensó el padre. ¿Pero qué le correspondía hacer á quien como él tenía puesto todo su amor en aquella única hija, que iba camino de la muerte? Decididamente, si, consentía en los catorce cirios para satisfacer el capricho de una muchacha enferma.

Nani, acompañada de Resi, emprendió el viaje, con un carro de adreras, resguardado por enorme toldo, ambas, naturalmente, con sus trapitos de cristianar. Estaba Nani orgullosa de su misión, igual que embajador chino, y Resi empezaba á saborear los párrafos que con los jóvenes echaría al volver de su viaje.

En tanto, cuidaba el profesor en persona á su hija, y por eso olvidó su libro.

—¡Su libro! Agudo como afilado cuchillo, frío como el hielo y puro como el cristal, igual que su autor...

Decía en una de sus páginas... «Entristécese el filántropo cuando se da cuenta de la triste devoción á los milagros. Ancianos y niños, fanáticos y degenerados todos van anhelantes tras los milagrosos dioses. Lo que puede curar el sano aire de la montaña, lo confían á la atmósfera corrompida por el irrespirable incienso y vaho de los cirios; los enfermos de los nervios que necesitan tranquilidad, los atormentan más y más con la agitación del sombrío culto, y últimamente, quizá el céntimo penosamente ahorrado de lo que en medicinas y alimentos substanciosos debiera